

## Aspectos Sociológicos del Arte

(Fragmento taquigrafiado de la Conferencia dictada en la Asociación de Escritores Venezolanos el 11 del mes en curso).

Muy a menudo el hombre, obediente a la fuerza inevitable y constrictiva que lo impulsa en busca de una fórmula definitiva de la verdad o de una acabada expresión de belleza, se remonta a alturas inconmensurables que nunca hubieran sido fáciles de prever, y se olvida con lamentable ligereza de la humildad del punto de partida. Ello es visible en los intrincados derroteros de la ciencia, — expresión y guía de nuestra educación mental; pero es más notable aún en los dominios del Arte, que es donde se orienta, desenvuelve y eleva nuestra vida emocional.

Muy amenudo se ha dicho y creído, en efecto, que las cuestiones atinentes a la emoción estética, a la expresión artística, al Arte en toda su plenitud, en fin, sólo pueden caer, y solo deben ser consideradas desde un punto de vista estrictamente individual. El hombre, el artista que logra precisar los rasgos de una Obra perfecta de Arte, esto es, de una de esas Obras ante las cuales pasan silenciosamente los siglos sin poder aumentar ni quitar nada, llega a creer, y junto con él los hombres de su tiempo, que aquel máximo esfuerzo de belleza es el hijo de

su espíritu, es la resultante única de su potencialidad psíquica. Como si la ilusión del hombre solitario hubiera podido ser convertida en realidad, el artista se olvida de la influencia del medio que lo circunda; y como si el individuo pudiese aislarse completamente dentro del grupo social a que pertenece, y sustraerse a la acción de los múltiples factores de raza, geografía, tradiciones, hábitos, etc., etc., el artista llega por un momento a vivir en la ilusión de que su Obra es nada más que suya y de que la Sociedad en que vive y se mueve no ha tenido parte alguna en su elaboración y perfeccionamiento.

Nada resulta menos cierto ni más alejado de la esencia, raíz o génesis de la Obra de arte. Si es verdad que ninguna definición es perfecta, porque en ninguna puede caber íntegramente la sustancia de la cosa definida, ya que siempre será necesario dejar un margen posible a las necesidades imperiosas del progreso intelectual, también es verdad que pocas cosas hay tan difíciles de ser definidas como el Arte. "La expansión del alma humana hacia la Belleza", nos dirá un romántico; "la resultante lógica de los medios físico, etnológico, geográfico, histórico, etc.", nos dirá un determinista; alguno, más exagerado, asegurará que la expresión artística depende, sobre todo, de la economía y la política; y muchos, la mayor parte, creerán que el arte no es otra cosa que la manifestación de un fenómeno personal, individual, psíquico. La verdad es que el arte se burla de la pobreza de contenido de todas estas definiciones simplistas y unilaterales, porque el Arte es, precisamente, una expresión compleja y muy variable, en el espacio y en el tiempo, de todos esos factores.

Cuando se contempla la inmensa trayectoria recorrida por la expresión estética, desde las primeras manifestaciones artísticas colectivas del hombre primitivo hasta las formas individualistas y aristocráticas del arte

contemporáneo, llegamos a la conclusión de que los efectos socializantes del arte han sufrido radicales modificaciones, pero no podemos dejar de reconocer que toda expresión de arte — sea cual fuere — tiene un origen incuestionablemente social. La pintura, el adorno y el tatuaje que el hombre de la época cuaternaria comienza a emplear en su propio cuerpo, al cual parece reducirse su universo, traducen un sentimiento de adhesión, de respeto y de sometimiento al grupo, puesto que ese hombre lo que trata en último análisis es de mejorar en su propia persona la obra de la naturaleza para parecer más bello a los demás. La danza — ritmo en el movimiento—, y el canto —ritmo de la palabra—, y la música — ritmo de los sonidos— son, en sus primeros orígenes, expresiones de un arte colectivo. Acaso en aquellas remotas épocas de la historia sus efectos sociales hayan sido muy diferentes de los efectos actuales, pero tanto en aquellos como en estos tiempos son innegables esas consecuencias socializadoras.

La danza pudo ser un elemento de fuerza en el sentido de la unión y la compactación del grupo; las pinturas, tatuajes y mutilaciones acaso sirvieron como medidas de defensa contra el enemigo, a quien se pretendía infundir pavor; el sentimiento del adorno, muy desarrollado en todas las tribus, debió tener influencia muy marcada en las corrientes afectivas y, consecuentemente, en la selección de la raza y la unión de los sexos; y, finalmente, la música y el canto, como en todos los tiempos, han debido ser factores preciosos para infundir ánimo y coraje a los soldados en lucha. Pero, por sobre todos esos efectos parciales del arte primitivo, descuella y resalta el efecto esencial, cual es el de adherir íntimamente el individuo al grupo, y el de afirmar y extender la vida misma del grupo.

Se dirá, seguramente, que aquí está la clave del problema; se querrá hacernos ver, precisamente, que en esto estriba la diferencia esencial entre el arte primitivo y el arte contemporáneo, esto es, que, mientras la expresión artística de los tiempos primitivos constituía el vínculo de unión cada vez más firme entre los elementos integrantes de los grupos sociales, hoy, al contrario, los grandes artistas tienden a individualizarse más cada día, a separarse del montón anónimo, a realizar la obra pura y desinteresada de belleza dentro de su propio espíritu, sin el contagio perjudicial de las multitudes indiferentes o extrañas.

Es evidente la existencia del fenómeno observado. Es innegable la profunda diferencia que se observa entre las manifestaciones y efectos del arte primitivo y el arte de nuestros tiempos, así como es también innegable que las diversas expresiones artísticas han tenido, las unas después de las otras, sus épocas de hegemonía y predominio. Lo que no es verdad, lo que no es posible aceptar es la conclusión de que el arte ha logrado independizarse de sus raíces sociales, de que ya no es sino la obra psíquica del individuo con entera independencia del medio, y de que es posible concebir una obra de arte puro, fuera de las influencias del conglomerado social y sin un público preconcebido, así sea un público pasado, presente o futuro.

No. El artista es siempre un producto de su grupo, de su medio, de su época y de su historia. Por más que se eleve a las alturas del más exasperado individualismo, sus pies están inevitablemente clavados en la realidad social. Por más desinteresada y pura que sea el alma del artista, su alma estará siempre pendiente de un público que lo anime, con una conformidad silenciosa como sus maestros del pasado, con el calor de un estímulo como los admiradores del presente, o con la firme es-

---

peranza de un éxito seguro en las generaciones del porvenir.

Es siempre de la realidad circundante, por humilde que sea, de donde extrae el artista la sustancia potencial de su Obra. Por ello decía Goethe con admirable precisión y profundidad que no había porqué oponer el arte a la naturaleza, ni el ideal a la realidad.

Una Obra de Arte perfecta, no viene a ser sino una perfecta expresión de la realidad.

*Cristóbal Benitez.*

---